

EL HIJO DEL PASTOR

Éramos compañeros de curso en el Seminario. Él era hijo de un médico y yo era hijo de un pastor. A él sus padres le enviaban constantemente paquetes con chorizo, jamón y queso; en cambio yo, para mitigar el hambre, tenía que ingeniármelas para entrar en la cocina cuando no me veían y comerme lo que podía encontrar. Los dos abandonamos el Seminario casi al mismo tiempo, eso sí, sin haberlo acabado.

Él se licenció en psicología y yo me hice pastor como mi padre; sin embargo, yo sacaba mejores notas que él.

Pasaron muchos años y aquel día me ocupaba en llevar el estiércol con mi tractor desde la paridera hasta un campo situado en la partida de La Cabeza. Al ir a volcar la carga comprobé que se había estropeado la bomba del hidráulico y, como también se me había olvidado la horquilla, me puse a descargarlo con mis manos.

En esto que se me acercaron a mi quienes parecía una familia educada y bien vestida, un matrimonio con dos hijas supuse.

Él dirigiéndose a mí en voz alta comenzó

- Buenos días ¿no me conoces? ¿no te acuerdas de mí?
- Pues no tengo el gusto o no caigo ahora quien puedas ser.
- ¡Soy tu compañero de curso en el Seminario, y he venido a Griegos sólo para saludarte!

¡Cómo nos transforma el tiempo ... !

Repasamos muchas aventuras vividas juntos y en el transcurso de la conversación me dijo: Tú eras uno de los más inteligentes de la clase, y ahora ... ¿no tienes otra forma más adecuada de ganarte la vida? Yo me licencé en psicología y ahora soy director de un buen colegio. Pensé que quizá no fuera yo uno de los más inteligentes, pero si era mucho más espabilado y listo que alguno de los niñitos hijos de papá que allí también había.

Creo que como psicólogo debiera haberme preguntado: ¿Eres feliz sacando el estiércol con las manos?

Yo le hubiera contestado que era feliz, muy feliz, sacando aquel estiércol con mis manos, el que habían hecho mis ovejas en mi paridera, el que había transportado con mi tractor a mi campo y era inmensamente feliz porque nadie me mandaba.; porque era un hombre libre, porque hacía siempre lo que me parecía mejor para defender mis intereses y porque hacía las cosas a mi manera, como quería y en el tiempo que quería hacerlas y porque gozaba y gozo intensamente de la naturaleza y de los paisajes de mi querido pueblo.

Por todas estas razones no le envidio, es más, casi me da pena la forma un tanto prepotente con la que se presentó ante mí. Lo más importante para una persona es su propia felicidad y estoy seguro que, con sus manos limpias y cuidadas no era más feliz que yo con las mías sucias y marcadas por el duro trabajo que ennoblece.

LA CUEVA DEL TÍO EMPORRETO

La parte de Cabeza las Arenas que linda con el Ojuelo es un buen sitio para coger nízcalos, mizclos o rebollones, nombres con los que los de Griegos conocemos a los hongos más abundantes del otoño, aunque en el Diccionario de la Real Academia figure solamente la palabra mizcalos para designarlos.

Aquella tarde yo había quedado con Gregorio A. Gómez para dar un paseo hasta el lugar y buscar en él tan delicioso manjar.

Al pasar frente a la cueva del Tío Emporreto, pisé la arena del camino y no pude evitar que me asaltaran aquellos recuerdos de mi niñez en los que me veía con otros muchachos jugando con aquella misma arena fina y mirando con cierto temor a las blancas y areniscas oquedades; temor fundamentado en algunas historias inconexas y misteriosas que no llegábamos a comprender.

Le comenté a Gregorio mis pensamientos y éste me replicó: Cómo veo que no tienes clara la historia de este lugar te la voy a contar:

Fue allá por los primeros años del mis setecientos cuando llegó a Griegos un penitente que deseaba hacer vida de anacoreta retirado del mundo en el que había vivido y no muy correctamente. Dicen, que de joven se fue de gobernador a no se sabe qué sitio de las Américas, donde amasó una gran fortuna y se hizo dueño de muchas tierras obligando a los que allí vivían a trabajárselas como esclavos. Pero un día Dios le dio no se qué castigo y arrepentido de todo lo que por allí había hecho, repartió su hacienda entre las gentes que la trabajaba y se volvió a España para organizar su vida.

Llegó a Valencia y visitó a los Padres Franciscanos diciendo que quería hacer vida de penitencia por todo lo que había hecho, llevando vida de ermitaño en unas tierras alejadas del mundo. Como los Franciscanos le dijeron que en Teruel había lugares apartados donde realizar su deseo, se vino para Teruel. Se confesó con el padre Superior de ese convento y le entregó el dinero que le quedaba, a cambio de que le entregase un sayal y un cordón para vestirse. Una vez que se puso ese hábito de penitencia, le dijo el Padre Superior que él conocía un pueblo en lo más alto de la Sierra de Albarracín que se llamaba Griegos y que allí la gente era muy buena, tanto, que de mote eran conocidos por los habitantes de los pueblos de alrededor como “Los Capuchinos”.

Por eso le aconsejaba que se fuera a Griegos porque allí estaría muy bien, pudiendo hacer la penitencia que deseaba.

Así pues, un buen día se presentó en Griegos aquel extraño hombre y nada más llegar fue a contar sus deseos al señor cura, que le recomendó situarse en esa cueva donde nadie habría de molestarlo. Y el domingo en la misa, le contó a la gente quien era aquel hombre que solo quería hacer penitencia por sus pecados y que cuando alguno le sobrara algo, podría llevárselo a este penitente que no tenía otra casa más que el hábito con que se cubría.

No le costó mucho a la gente acostumbrarse a aquel hombre que nunca salía de la cueva y se mantenía rezando o leyendo la Biblia; pero como nadie sabía su nombre le empezaron a llamar El Emporreto, ya que tan pobremente vestía. Las mujeres se preocupaban de que nada le faltase y le llevaban un saquillo de lentejas o unas patatas y, en verano, alguna lechuga o judías verdes criadas en los pequeños huertos familiares. El, como nada tenía para devolverles el favor, les llenaba el saquillo de arena para que fregaran sus trastos de cocina y les decía: “Hermanas, polvo somos y en polvo nos convertiremos”

No le sabía mal que le llamaran “El Tío Emporreto” pues decía que como él no era sacerdote, ni fraile, ni persona principal, sino solamente un pecador, cualquier nombre le venía bien. No se paraba a hablar con nadie, y si el domingo cuando iba a misa, se tropezaba con alguien, solo le decía bajando la cabeza: “Quede con Dios, hermano”.

Y cuando le llevaban algo a la cueva, solo aquello de que polvo somos y en polvo nos convertiremos. Esas eran las únicas palabras que de él salían y por eso las gentes lo respetaban como a un santo.

Pero un día sintió que se moría, y escuchando las esquilas de un rebaño que por allí pasaba, empezó a gritar: “Hermano pastor, piedad” y el pastor entró a la cueva donde lo encontró tumbado, preguntó que le pasaba y él contestó que había llegado su última hora y que llamase al Mosén. El pastor salió corriendo y gritando a su paso: “el Tío Emporreto se muere” y al momento se organizó una procesión hacia la cueva, encabezados por el señor Cura que le llevaba el Viático y los Santos Oleos y cuando llegaron lo sacaron fuera de la cueva para que todos lo pudieran ver.

Una vez recibida la asistencia espiritual, él gritó: “Hermanos, que polvo somos y en polvo nos convertiremos” y torciendo la cabeza, se murió. Entonces apareció el carpintero con unas parihuelas para que lo llevaran a la Iglesia y hacerle el funeral, pero al dejarlo sobre ellas, pasó lo que nadie se podía esperar: dejaron el cuerpo sobre las parihuelas y al momento se quedó el hábito nada más, pues el cuerpo se había convertido en polvo que el viento se encargó de esparcir mientras que el ambiente se llenaba de un intenso olor a romero.

Calló Gregorio y siempre me quedó la duda si la historia correspondería a la verdad o sería fruto de su admirable imaginación y grandísima cultura.

LA ULTIMA BRUJA

En realidad, yo debo confesar que no creo en las brujas. Si hay un Ser Supremo que es fuente de todo poder, de toda bondad y de toda justicia, no puede ir compartiendo sus poderes con quienes los manipulan para su propio provecho y beneficio como forma fácil y fraudulenta de ganarse la vida. Pero como los seres humanos somos tan ilógicos que lo mismo recurrimos al valimiento de un santo que acudimos a los maleficios de los que dicen tener poderes de ese Ser Superior que llamamos Dios, resulta que siempre hubo agoreros y brujos que se encargaban de pronosticar el futuro y atraer toda serie de males sobre los enemigos de quienes se presentaban a solicitarlos previo pago del servicio.

Si pueblos como los griegos y romanos, que se creían unos pueblos poseedores de la cultura, tenían montado un sistema de sanadores y augures del futuro, no debe admirarnos que los demás pueblos fueran introduciendo en sus culturas esas mismas aberraciones, mantenidos y fomentadas por los mismos sacerdotes de tantos ídolos en quienes se creía.

Cuando Estrabón hurga en la creencia de los españoles, no habla de que se practicaran hechicerías, más bien al contrario, pues llega a la conclusión de que los galaicos son ateos y los demás españoles solo creen en un Dios solamente espiritual que no tiene forma humana por lo que no es representado. Luego llegarán los distintos pueblos mediterráneos, colonos que venían a hacer las américas en España y los conquistadores e invasores de nuestro país, adoptando nosotros su cultura y sus creencias, hasta el punto de que esos mismos gallegos, a los que Estrabón tilda de incrédulos, nos enseñan que no hay brujas, pero haberlas las hay. Y tienen razón, no hay brujas con poderes divinos, pero si hay brujas, y más en una época como la nuestra en la que nos creemos los más cultos y sin embargo nos dejamos embaucar como necios ignorantes.

Muchos de nosotros conocimos a la última bruja de la Serranía de Albarracín. Se llamaba la Tía Cristina.

Siempre en esta tierra se hablaba de brujas. Cuando en las noches eternas y frías del invierno se reunían las familias, vecinos o amigos en torno a una estufa (para ahorrar leña porque con una se calentaban muchos) en un hogar familiar; cuando las familias no se sentían rajadas en su intimidad por la televisión o por la radio, trasnochaban hasta la madrugada niños y mayores, jugando a las cartas o contando las viejas historias de la tierra, recordando a sus hombres ausentes, bien como pastores trashumantes o trabajadores en molinos de aceite; y cuando después, ya se habían repasados las historias de las guerras y los héroes, se habían cantado canciones y otras leyendas ancestrales que de generación en generación en estas veladas se transmitían, entraban las historias de las brujas maléficas, de demonios y de libros milagreros y misteriosos. La nuestra, era una bruja más real pues no tenía que replegar los hongos alucinógenos, ni el beleño, ni los escuezos que segregaban esa mucosidad que droga para elaborar esos ungüentos que se untaban para alucinarse creyendo que habían asistido a orgías satánicas, cuando en realidad no se habían movido de la cama.

Y es que la Tía Cristina era bruja sin saberlo no quererlo. Recuerdo un día que venía de llevar unas hierbas medicinales a una enferma y me decía, cuando lo comentábamos: “Ya ves, hijo mío, y encima dicen que soy bruja”.

La Tía Cristina era la esposa de Pedro Martínez un cabrero sordo que pasaba todo el día en el campo con su ganado y por las noches ella ordeñaba las cabras y fabricaba unos suculentos quesos. De niña, su abuelo que era pastor, le había enseñado las propiedades que tienen ciertas plantas para curar las enfermedades más comunes en estos pueblos. Qué plantas eran, donde se criaban, el momento de su recolección y la

manera que debían conservarse y consumirse, etc. etc. Y estos conocimientos los ponía siempre a disposición de todos y sin percibir ni un céntimo por sus ayudas.

Por este motivo, las gentes del pueblo recurrían a ella cuando chicos o grandes tenían una dolencia. Ella les regalaba las hierbas y les decía como preparar el brebaje: y los enfermos sanaban y todos sentían un gran cariño por aquella mujer que, sin beneficiarse en nada, a todos beneficiaba cuando la necesitaban, sin que a nadie se le hubiese ocurrido pensar que todo aquello era por obra de una extraña brujería.

Pero un buen día, fruto del progreso, se presentó a ejercer la medicina en el pueblo un Practicante, como entonces se llamaba a los Diplomados en Enfermería, y viendo que nadie acudía a sus consultas, porque quienes lo hubieran necesitado recurrían a la Tía Cristina, se dio en propalar entre la gente que aquella mujer era una bruja y que sus remedios, a la larga, producían un hechizo, y así es como nació la fama de bruja que nuestra convecina fue tomando entre las gentes, hasta el punto de que todos empezaron a temerle ante los bulos interesantemente propalados por el profesional de que si acudían a ella ni las ovejas, vacas o cabras se preñarían ni las gallinas pondrían huevos.

Así fue que cuando yo la conocí de chaval se veía muy aislada de todos porque solamente alguno de los más viejos recurrían a sus conocimientos. A mí me daba pena ver que aquella mujer que era tan buena y cariñosa, se veía deprimida y encerrada en sí misma, porque los tiempos modernos la retiraban de la sociedad.

Ella nunca se creyó bruja; ella se consideraba una mujer como las demás que tenía unos conocimientos que ya no quiso prodigar a nadie para evitar que tuvieran que pasar por las penas que ella pasaba, y así se perdió una sabiduría que hoy podría ser de utilidad para quienes se dedican a la medicina natural, y todo por motejar de bruja a una santa mujer que nada sabía de espiritismos, de ensalmos ni brujería, y que sobre todo, hacía el bien a cambio de nada.

POBREZA Y RIQUEZA

En el relato sobre “Como se formó el primer Ayuntamiento de la democracia” se dice: “Si la concentración parcelaria es buena, es importante. No tenemos títulos de propiedad de la tierra. La forma de conseguirlo ¡y gratis! es ésta”, etc. etc. El economista peruano Hernando de Soto en su obra titulada “El misterio del capital” demuestra que el poseer más capital se basa fundamentalmente en tener escrituras públicas de los inmuebles de los que se sea propietario.

Para desentrañar el misterio del capital tenemos que remontarnos al significado de la palabra. Parece ser que en latín medieval “capital” significaba cabeza de ganado, un bien que ha sido una importante fuente de riqueza más allá de la carne, la leche, las pieles, la lana y el estiércol que aportan los animales.

El ganado además de darnos todo eso, como muy bien sabemos los de Griegos, SE REPRODUCE, es decir, da crías.

Así, el término capital capta la dimensión física del activo (el ganado) a la vez su potencial como generador de valor excedente. El paso que tuvieron que dar del establo al escritorio los que inventaron las ciencias económicas fue corto, y en general definieron “el capital” como aquella parte de los activos de un país o de un pueblo que pone en marcha una producción excedente e incrementa así la productividad.

A medida que los sistemas de propiedad (Escrituras Públicas y Registros de la Propiedad) de los países occidentales fueron creciendo en el siglo XIX sin que apenas fuesen percibidos, se desarrollaron diversos mecanismos cuya combinación en un proceso acelerado, empezó a producir más capital que nunca.

Y es que los bienes inmuebles, bien sean rústicos o urbanos, con título de propiedad pueden ser usados para aumentar la producción, atendiendo a los intereses de otras partes como “garantía” de una hipoteca por ejemplo, o asegurando el suministro de otras formas de crédito, así como de servicios públicos.

Griegos, pues, era un pueblo pobre por su climatología y pobre porque sus vecinos, al carecer de escrituras de propiedad no podían acudir a cualquier modalidad de crédito. Entroncado, en cierto modo, con la teoría expuesta reproduzco aquí una curiosa carta que puede tener varias lecturas. Dejo a cada uno que haga la suya propia, bien bajo el punto de vista de los inconvenientes de ser propietario y no tener escrituras para formar capital añadido, según la teoría del economista citado, bien para tomar conciencia de lo importante que fue la concentración parcelaria o bien para comprobar cómo funcionaban los asuntos públicos en tiempos pasados.

La carta lleva membrete del Ministerio de la Gobernación, Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, está fechada en Zaragoza el día 22 de abril de 1949 y dirigida a D. Serafín Marco de Teruel por D. Juan A. Manso. La carta textualmente dice así:

Mi querido amigo:

Regresamos a ésta sin novedad. Comimos en el Restaurante del Casino, es decir lo de que “comimos” no pasa de ser una mera frase, pues nos dieron un huevo frito y una chuletita con ensalada, y como teníamos mucha debilidad, fruto del viaje y de madrugar, me vi precisado a invitar al Sr. Nido y al chofer, que protestaban de lo escasamente que habían comido, a tomar unos pasteles en la confitería de la Plaza del Torico, que con un poco de vino me costaron 17,00 pesetas; se lo digo porque en justicia me lo deberían abonar Uds. El importe de los tres cubiertos, a doce ptas. cada uno, y una botella de vino que pidió el Sr.

Nido, lo dejamos pendiente de pago por Uds. de acuerdo con las indicaciones que Ud. Nos hizo. Si el buen amigo Abril se decide a enviarme las 17,00 ptas. Puede hacerlo aunque sea en sellos de correos.

El objeto principal de esta carta es devolverle las dos Actas de pago, correspondientes a los expedientes de Griegos, números 2.811 y 2.822. En la primera de ellas figuran como interesados los "Herederos de Víctor Gómez", y firman Adoración Gómez y Pedro, Consolación, Francisco, Victorina y Otilia Martínez. Pero ya sabe Ud. cómo las gastan los de la Sección 1ª; por lo tanto habrá que hacer constar documentalmente la condición o cualidad de dichos herederos, como ya hemos hecho en anteriores ocasiones, pues si no, es seguro que nos la devuelvan.

En el expediente 2.822, figura como interesado Valentina Soriano Pérez, y sin embargo firma el Acta José Soriano; supongo que será por fallecimiento de la Valentina y que José Soriano será su hijo. Por lo tanto para evitar líos y como la cantidad es muy pequeña (217,00 ptas.) sería lo mejor que firmase el José u otra persona de la familia con el nombre de Valentina Soriano, pues de otra formas tendría el José que acreditar documentalmente su condición de heredero y casi se subirían los gastos a la cantidad que iba a percibir.

En cuanto a los otros la cantidad ya es un poco mayor, pues se trata de 585,97 ptas. Supongo que la Adoración Gómez será hija de Víctor Gómez y que los hermanos Martínez serán a su vez sus hijos, o sea nietos de Víctor Gómez.

Si tiene Ud. la menor duda escíbame, pero conviene que hagamos bien las cosas.

Las restantes Actas de Griegos salen hoy para Madrid.

Mis saludos al Sr. Abril y Ud. disponga de su afmo. amigo.

Menos mal que convenía hacer bien las cosas.

Victorina, mi madre, y sus hermanos, no eran hijos de Adoración; eran sus sobrinos y, eso sí, nietos de Víctor Gómez. Y el otro expediente se explica por sí solo.

Ambos expedientes corresponden a expropiaciones y adquisiciones de 53 solares y 6 edificios que por importe total de 50.301,95 ptas. Se hicieron a 43 propietarios para la reconstrucción de Griegos por Regiones Devastadas. De acuerdo con el mensaje que se quiere transmitir, ninguna de las fincas expropiadas o adquiridas, estaba inscrita en el Registro Mercantil, como aún hoy no lo están en los países del Tercer Mundo o en los de la antigua Unión Soviética.

José Juan Herránz, 2009